

JORGE ENRIQUE ROBLEDO*

LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL NIEGA LA DEMOCRACIA**

SIEMPRE QUE HABLO en ambientes de universidad expreso doblemente mis agradecimientos, porque me siento bien en estos medios de la academia. A ratos creo que soy un profesor universitario extraviado en el Senado. Es la actividad a la que le he dedicado la mayor parte de mi vida.

Dividiré mi intervención en dos partes. Una primera, en la que expresaré qué entiendo por globalización y, sobre todo, qué es la globalización en Colombia, fundamentalmente en términos económicos, aunque, precisamente por la misma lógica de la globalización, sea muy parecida en todas partes. ¿Qué es lo que nos ha pasado? ¿De qué trata este modelo?

Y una segunda parte, en la que intentaré hacer una aproximación a lo que le sucede a la ciudadanía y la democracia en un ambiente de globalización neoliberal. Porque no estamos hablando de cualquier globalización, sino de la globalización neoliberal.

Lo que conocemos con el nombre de globalización, o neoliberalismo, apertura, privatización –el nombre finalmente no importa mu-

* Profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Senador de la República de Colombia.

** Esta ponencia fue presentada en la inauguración del Primer Seminario Internacional de Filosofía Política, realizado en Bogotá en 2004.

cho-, se inició en Colombia en febrero de 1990, cuando el gobierno de Virgilio Barco decidió darle vía libre a la aplicación de este modelo que los sucesivos gobiernos seguirían implementando. Y diría que hoy, después de quince años, el único consenso en el análisis sobre lo que nos ha sucedido en torno a esta “nueva política” –que no es tan nueva en realidad, puesto que profundiza lo que venía de atrás– es que el país atraviesa por la peor crisis social de su historia. Es tal el consenso en lo que guarda relación con desempleo, pobreza, miseria, alimentación, salud, vivienda, entre otras, que me eximiré de dedicarle más tiempo. Basta con recordarles que inclusive los neoliberales más hirsutos coinciden en que el desastre es inmenso. Se menciona poco otra realidad, sobre la que también puede lograrse el consenso con cierta facilidad, y es que Colombia está en el pelotón puntero de los países con mayor desigualdad social en todo el globo. Y ya nos encontramos bien cerca de ser el primero. Es de suponer que, terminando este gobierno de Álvaro Uribe Vélez, ya tengamos medalla de oro en desigualdad social entre la extrema pobreza y la extrema riqueza. ¿Por qué estoy mencionando desde ya lo que debería ser más bien una conclusión? Porque deseo hacer énfasis en que aquí ya ha habido unos ganadores y que no todo ha sido pérdidas sociales. No, existen también unos cuantos colombianos a los que les ha ido supremamente bien. En estos días, un funcionario de la Organización de Naciones Unidas (ONU) comentaba que los ricos colombianos parecen ricos parisinos y los pobres colombianos parecen pobres africanos. Esta frase resume bien lo que nos está ocurriendo.

La controversia surge cuando intentamos analizar qué fue lo que nos sucedió. Deseo detenerme a examinar con algún detalle en qué consiste el modelo. Nos pasaron muchas cosas, pero mencionaré principalmente tres para explicar el desastre del que vengo hablando. Primero, los promotores nos anunciaron que era un modelo para exportarle al mundo en cantidades enormes; tanto, que alcanzaron a decir que nos convertiríamos en el Japón de Sudamérica. En aquella ocasión dije que, antes de lograr las exportaciones que ellos anunciaban, primero se nos pondrían los ojos rasgados. A unos pocos, muy pocos, les advertimos que destruirían el aparato productivo nacional y el debate quedó planteado. Hoy, catorce años después, los hechos y la práctica han dado el veredicto. ¿Qué dice el veredicto? Que la balanza comercial colombiana, que era una balanza equilibrada al momento de iniciarse la aplicación de esta política, pues exportábamos cantidades similares a las que importábamos, se convirtió en una balanza comercial negativa de cerca de 20 mil millones de dólares. ¿Qué significa esto? Que en estos últimos quince años Colombia no pudo competir con las nuevas importaciones que nos inundaron y, algo tal vez más grave o que al menos complementa la gravedad del asunto, no fuimos tampoco capaces de encontrar

productos nuevos de exportación que compensaran las gigantescas pérdidas. Ello causó un desastre agropecuario e industrial de proporciones inmensas. El desastre agropecuario es muy conocido, no vale la pena que lo detallemos, y también sobre él existe una especie de consenso nacional. Deseo insistir en la idea de que el desastre industrial fue aún mayor. Las estadísticas así lo demuestran. Si una realidad tan aplastante se conoce poco, es porque los encargados de divulgarla la han ocultado cuidadosamente. Estoy haciendo referencia a los jefes gremiales de la industria, inclusive la Asociación Nacional de Industriales (ANDI), en algún momento, alcanzó a acuñar el término “desindustrialización” para expresar lo que el país vivía. Recordemos que la industrialización reviste suma importancia para un país, porque multiplica la productividad del trabajo, fundamento de cualquier desarrollo serio. Entonces, a cualquier país que se desindustrializa lo que le está sucediendo es que no eleva la productividad del trabajo en los niveles adecuados y, en consecuencia, está condenado al subdesarrollo y la pobreza.

Lo segundo que nos ocurrió fue que, a comienzos del proceso, Colombia debía unos 17 mil millones de dólares. Cuatro o cinco años después, debíamos más de 36 mil millones. Hoy estamos en 40 mil millones, que, para una economía como la nuestra, es mucha plata. Les llamo la atención sobre un fenómeno muy grave: nos tomó un siglo llegar a una deuda de 17 mil millones, y en menos de cinco años más duplicamos esa cifra. Nos encontramos en una situación pavorosa, porque los nuevos créditos externos que se contratan son para hacer *roll over*, es decir, para pagar las deudas contraídas. ¿Por qué esta irresponsabilidad, para llamarla con suavidad, de doblarle la deuda a un país al cual se le estaba destruyendo el aparato productivo? No encuentro sino una sola explicación. El endeudamiento fue el modo en que se consiguieron los dólares –que las exportaciones nacionales no se encontraban en capacidad de aportar– para pagar las importaciones que estaban destruyendo al mismo tiempo la economía nacional. Estoy haciendo una acusación gravísima y la hago con plena conciencia. Se trata de un endeudamiento cuya parte menor es lo que debemos, pues la parte terrible son todos los condicionamientos a los que viene atado y que le crean a la oligarquía colombiana una especie de adicción a la deuda externa muy parecida a la que causa la cocaína, con la diferencia de que, para efectos de la adicción a la deuda externa, la oligarquía se queda con los beneficios, pero el desastre y el sufrimiento los paga el común de la gente.

Lo tercero que nos sucedió es aún más grave que todo lo anterior sumado. Y es el inmenso avance del capital extranjero sobre la propiedad nacional. Por ejemplo, en carbón y níquel éramos socios del capital extranjero; hoy sólo le pertenecen al capital extranjero. El capital extranjero hacía presencia en el sector financiero, pero con mil controles

y una relativa debilidad. Actualmente se observa un avance inmenso y, además, se les están abriendo nuevos negocios a las transnacionales respectivas, por lo que toda la lógica del parasitismo financiero crece en proporciones gigantescas. No existía capital extranjero en el comercio al por menor y hoy, por medio de los hipermercados, los foráneos controlan una porción grande de ese mercado. Tampoco había capital extranjero en el sector de los servicios públicos domiciliarios tales como el agua, la energía, las telecomunicaciones, las basuras, que, en un país tan atrasado como el nuestro, constituyen un sector capital del desarrollo nacional, o por lo menos de los procesos de acumulación interna.

Si se resume qué fue lo que ocurrió en estos años, se está obligado a reconocer que estamos frente a un feroz proceso de desnacionalización de la economía nacional. Desnacionalización por la vía de estar importando bastante más de lo que exportamos y, sobre todo, importando artículos y bienes que tenemos capacidad de producir; porque no discuto que se importen tractores, pero el fenómeno es de la sustitución de la producción nacional por la extranjera, del trabajo nacional por el extranjero y un proceso de desnacionalización de la economía por la vía de la deuda, al punto que el pasivo con el que carga la nación colombiana asciende a 40 mil millones de dólares. Todo lo que no quiebra, lo toma el capital extranjero. Es un breve resumen de lo que nos ha sucedido.

Deseo dejar sentado un punto. No me opongo a que hagamos importaciones o exportaciones, no se trata de eso. Las exportaciones son necesarias por razones obvias, y también las importaciones. Si es preciso importar tractores, debemos hacerlo. Tampoco me opongo a que exista inversión extranjera, sino a que esta entre desbaratando el aparato productivo nacional y arrebatándonos la capacidad de generar ahorro interno y nacional. Antes de pasar a otro punto, también quiero aclarar que esta política no es el fruto de la genialidad de ningún cerebro criollo. Es el Consenso de Washington, son los dictados del Fondo Monetario Internacional. Me deleito diciendo que a los neoliberales colombianos, el día que tengan una idea propia, de verdad propia, sobre algo que de verdad valga la pena, les dará un derrame cerebral.

¿Qué se nos viene ahora encima? El Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y los países andinos, excepto Venezuela (TLC). Algo sorprendente, podrían pensar los ingenuos. ¿Cómo, después de un desastre semejante, nos vamos a meter en el ALCA y el TLC, que no hacen otra cosa que profundizar el modelo neoliberal? ¿Qué es ALCA?, ¿y el TLC? Profundizar el neoliberalismo, es decir, la política de los últimos quince años. Si en los tres lustros anteriores disminuyó la protección de la economía y el capitalismo nacional para oponerlos inermes al extranjero, de lo que se trata con el TLC es de eliminar dicha protección. Se trata de aplicarle al pa-

ciente, ya hoy bastante grave, una dosis tamaño familiar del mismo veneno que lo viene matando desde 1990. El propio Departamento Nacional de Planeación (DNP) produjo el año pasado un estudio que, de manera sucinta, prevé el escenario futuro, en especial dos fenómenos: primero, que las importaciones crecerán al 12% aproximadamente, mientras que las exportaciones lo harán casi al 6%; en números redondos: seis contra doce. Las importaciones crecen el doble. Luego, continúa el proceso de sustitución del trabajo y el ahorro nacionales por trabajo y ahorro extranjeros. Y lo segundo, para lo cual retomo textualmente lo que afirman en Planeación y sobre lo que llamo la atención, es que: “si se tiene en cuenta la inversión extranjera en el sector de los servicios, las ganancias del TLC serán evidentes” (DNP, 2003: 32).

Dos anotaciones sobre la cita; la primera de ellas es que si no se tiene en cuenta la inversión extranjera en el sector de los servicios, las pérdidas serán evidentes, por la comparación que acabo de explicar entre las importaciones y las exportaciones. Y la segunda es que lo que no quiebre lo seguirá tomando el capital extranjero. Resulta claro que el TLC es una profundización del modelo que se viene aplicando en estos últimos quince años. Si se observa con atención, ya que es preciso leer entre líneas y subrayar, puede verse que en este punto han sido bastante francos todos los analistas neoliberales, los editorialistas del periódico *El Tiempo*, distintos columnistas de todo el mundo, insistiendo en que a Colombia la salva la inversión extranjera y que lo más importante del proceso es que le brindaremos estabilidad y reglas de juego permanentes a este tipo de inversión. Que como Colombia no tiene capacidad de ahorro interno –dicen–, será el extranjero el que vendrá a salvarnos. Diría que la divisa del presidente Uribe Vélez y su gente –tal como se lo manifesté un día al ministro de Comercio Jorge Enrique Botero y no le gustó– es que los colombianos sólo seremos felices si primero hacemos felices a los gringos. Esa es la propuesta que se nos está haciendo. Pero a dicha inversión extranjera es preciso mirarla con beneficio de inventario. No nos llega a los países porque sí. Invito a que hagamos una reflexión simple: ¿Por qué un *míster* que está en París o Nueva York y tiene una montaña de dólares vendría a Bogotá, Colombia, Barranquilla o Pácora a invertir su dinero? No hay sino una explicación: aquí ganará más plata de la que puede ganar allá. No puede ser de otra manera.

¿Y cómo gana más aquí que allá? En primer lugar hay que venderle la propiedad nacional más barata, sean materias primas mineras o empresas de servicios públicos domiciliarios. En segundo lugar, es necesario ponerle impuestos bajos o inexistentes; y deseo hacer hincapié en este aspecto. La última reforma tributaria (aunque todas son idénticas) se empeñó en bajarles la renta a monopolios y transnacionales y subirles el IVA y otros impuestos a los salarios e incluso a las pensiones.

En tercer lugar, debe ofrecérseles, a como dé lugar, mano de obra barata, muy barata, extremadamente barata. La globalización consiste en crear un mercado de envergadura global en el que actúen, por supuesto, capitales de envergadura global. Lo que finalmente se termina dando es una especie de competencia universal para atraer los capitales, y uno de sus imanes fundamentales está constituido por la mano de obra barata. Barata en pensiones, salarios, salud y largas jornadas laborales, pues a quien no trabaje largo y barato lo acusan de no tener sentido de pertenencia con la empresa y, entonces, lo echan. ¿Y qué más se le ofrece al capital monopolista extranjero? Libertad de movimiento de los capitales financieros aun cuando sean especulativos y así entren destruyendo la economía nacional y salgan devastando, a la estampida, la misma economía nacional. Derechos de propiedad intelectual mayores que los utilizados. En un mundo tan complejo como el de hoy, la producción material se halla fundamentada cada vez más en altos niveles de desarrollo de la ciencia y la tecnología. Países como el nuestro jamás podrán llegar a los altos niveles de la ciencia si no copian, si no imitan.

Actualmente existen tres niveles de países en materia de ciencia: los innovadores, los imitadores y un tercer grupo –donde estamos nosotros– que ni siquiera imitan. Lo que se persigue al endurecer el monopolio de la propiedad intelectual es impedir que los imitadores y los del tercer nivel tengan cada vez más dificultades, de tal manera que la propiedad intelectual, mediante el sistema de patentes y otros subterfugios, garantice el monopolio sobre la producción de los sectores más avanzados de la economía. Se trata de una cuestión en la que se pretende dejarnos en la barbarie y por fuera del desarrollo científico y tecnológico. Además, habrá tribunales internacionales de arbitraje que sustituirán a la justicia nacional para resolver las contradicciones con el capital extranjero. Y los inversionistas nacionales serán igualados con los foráneos cuando, ante la desigualdad descomunal entre unos y otros, no puede existir desigualdad mayor que esa supuesta igualdad que están concediendo. Se ha puesto en marcha una política pensional, de educación y de salud terriblemente antisocial. En el caso de la salud, se la convierte en una mercancía. Todos sabemos que la mercancía, cuando es de alto costo, es de excelente calidad. No obstante, cuanto más baje el costo, más mediocre será la calidad, hasta terminar desapareciendo en la escala inferior de la estratificación social, que es lo que le sucede a la mitad de los colombianos que no tienen ningún derecho en salud.

El punto que probablemente resume mejor la gravedad de lo que estoy explicando, y que por falta de tiempo dejo apenas planteado, es la política de ofrecer a los empresarios, a la burguesía, la posibilidad de enriquecerse exportando al mercado internacional mientras dejan a su pueblo sumido en la miseria. El fundamento es pernicioso, puesto

que no trabaja sobre el desarrollo del mercado interno, lo que significa que en Colombia uno puede aspirar a ser multimillonario en un país de parias y miserables. Cuando miraba este auditorio, me hacía la siguiente reflexión: este auditorio podría estar situado en cualquier ciudad del mundo civilizado. Es muy bonito, además. Me gusta la arquitectura; pero esto no es Colombia. Se está creando una especie de burbuja que es la lógica de la globalización. Se habla de “el 20-80”: un 20% de gente más o menos conectada a la modernidad y disfrutando de auditorios como estos y un mundo exterior de 80%, como el de Ciudad Bolívar en Bogotá, y todos estos males espantosos que padecemos en nuestros países.

La política también está siendo diseñada desde afuera. Todo este cuento de la gobernabilidad que se viene propagando, y sobre el cual tampoco me detendré, tiene como propósito estimular, a mi juicio, una cada vez mayor antidemocracia política, negando la democracia como fundamento de las relaciones políticas y sociales. En el caso de Colombia, existen dos estudios: uno de la Universidad de Georgetown y otro de la Misión Alesina, del profesor Alberto Alesina de la Universidad de Harvard. A fin de resumir este punto, digo: bien, relaciones internacionales sí, pero, ¿qué tipo de relaciones internacionales?

Estamos en el capitalismo, y sobre él haré dos afirmaciones elementales. Se trata de un sistema de competencia feroz, no de un sistema de solidaridades. Es un sistema de competencia feroz donde resulta absolutamente lícito que el pez grande se coma al chico, donde la ley suprema es la de la máxima ganancia, así sea a costa de la desgracia del prójimo. Y de la misma forma operan las relaciones económicas entre los países capitalistas. A aquellos que creen, entonces, que los gringos vendrán a salvarnos y que el Plan Colombia se diseñó para ayudarnos les dejo esta inquietud: esos gringos que vienen aquí a salvarnos ¿no son de los mismos que están invadiendo Irak? ¿O es que allí mandan a los malos y aquí nos envían a los que pertenecen a la congregación de la Madre Teresa de Calcuta? De eso es de lo que se trata.

Yo les he venido insistiendo a los uribistas en el Congreso: “señores, no nos traten como idiotas. Destruyan el país si pueden, pero no crean que somos *menso*s y no nos damos cuenta, porque estamos en capacidad de entender qué es lo que está ocurriendo”. Nos encontramos en plena globalización, con la ley del mercado llevada a su máxima expresión, y cuando uno intenta explicar cómo funciona el capitalismo, muchos se declaran sorprendidos y dicen “¿y ese señor por qué está hablando de esas cosas?”.

En cuanto a la integración económica, con la palabra integración nos sucede como con *democracia* o *libertad*: suenan supremamente bien. Porque ¿a quién no le gusta integrarse?, ¿quién no prefiere la libertad a la esclavitud, la democracia a la antidemocracia? Sin embar-

go, en su nombre se cometen los peores crímenes. Aclaro, entonces, que este proyecto de globalización neoliberal y del TLC y el ALCA no es, de ninguna manera, de integración económica. Se trata de un proyecto de anexión de las enclaves economías latinoamericanas, y de la colombiana especialmente, por parte de la todopoderosa economía norteamericana. De sustitución de la producción y el capitalismo nacionales por la producción y el capitalismo extranjeros en todas sus manifestaciones. A mí me gusta utilizar un término que molesta, pero lo uso porque considero que es técnicamente perfecto. Nos situamos aquí ante un proceso de *recolonización imperialista*. Y con todo propósito empleo el término *imperialista*, aun cuando sé que está prohibido usarlo, sobre todo en los medios académicos, porque, claro, no se debe mencionar la soga en la casa del ahorcado, pues resulta ser de mal gusto. Pero así se llama. Recolonización imperialista quiere decir que nuestras relaciones con EE.UU. se parecen cada vez más a las que tuvimos con España. Es tan simple como eso. Y sobre esto llamo la atención y lo hago aquí, en la Pontificia Universidad Javeriana, con mayor razón, pensando en cómo hace unos dos años la Academia de Ciencias Sociales del Vaticano (no un simple cura por ahí) expresaba su preocupación porque la globalización neoliberal se parecía cada vez más al colonialismo. Dejo esto como inquietud. Y por ello, a comienzos de los noventa, se hizo tanto ruido con toda la elaboración teórica sobre la supuesta caducidad de las soberanías nacionales. Si hubo algo en el terreno de la ideología contra lo cual arremetió el neoliberalismo cuando empezó su *boom*, fue contra la vigencia de las soberanías nacionales. Y era obvio que fuera así, porque de lo que se trataba era de demoler las soberanías nacionales; no todas, porque los monopolios gringos y el imperialismo aprecian tanto la suya, que hasta se sienten con derecho de llevarla a Irak, Afganistán y Palestina y traerla a Colombia y recorrerla por el mundo.

Todo lo anterior termina generando la teoría del pensamiento único. Existe un solo pensamiento global que es el del neoliberalismo. A quienes estamos en contra se nos declara bárbaros, como hacían los romanos en la Antigüedad con quienes se les oponían. Hace unos días nos trataron hasta de trogloditas, porque si no adherimos al pensamiento único quedamos confinados a las tinieblas exteriores. Los amigos del pensamiento único intentan presentarlo como algo neutral, como si el capitalismo no fuera un sistema de competencias sino de solidaridades. Sobre esa pretendida neutralidad del pensamiento único, yo pregunto: ¿no proviene del Banco Mundial y el FMI? ¿Cómo se vota en el FMI y en el Banco Mundial? ¿Todos tenemos el mismo derecho a voto, los mismos votos, los países pobres, los medianos, los ricos? Si se trata de algo tan neutral, ¿por qué no vota allí todo el mundo en igualdad de condiciones? ¿Por qué los estatutos les confieren poder de veto a los

países desarrollados si se supone que somos como hermanos y estamos todos montados en la misma nave y tenemos los mismos intereses? A quienes piensan que el propósito principal de Washington en sus relaciones internacionales es favorecernos a todos, y que todo lo que allí se hace es de signo democrático, uno se encuentra tentado de preguntarles “bueno, ¿y por qué no nos dejan votar en las elecciones de EE.UU.?”. A quienes están hablando de que todo da lo mismo y todo es igual, les hago otra pregunta: ¿por qué no se plantea un único país en el mundo y un único gobierno mundial en el que todos estemos representados? Simplemente lo planteo como una ironía, como una reflexión, porque esto, desde luego, no tiene ninguna viabilidad en este momento. Ayer en EE.UU. se estaba decidiendo la suerte de la humanidad, o por lo menos la de América Latina y Colombia. Y si es tan democrático todo lo que allí está sucediendo, ¿por qué no nos dejan votar? ¿En qué consiste entonces la globalización? ¿Es de verdad un avance democrático lo que se está armando o constituye, por el contrario, la negación misma de la democracia? Hablar de globalizados y globalizadores es una buena manera de expresar el asunto. De un lado, los que ponen la jeringa, y del otro, aquellos a quienes nos bajan el pantalón.

¿Cuál es la relación entre autodeterminación nacional, soberanía nacional y democracia? Existe un economista alemán que ha sido ocultado de manera sistemática. A quienes gustan de los temas económicos, se los recomiendo. Se llama Friedrich List, un alemán a quien querían mucho en EE.UU., tanto que fue uno de los padres del pensamiento económico con el cual los gringos y los alemanes desarrollaron las teorías económicas y políticas que opusieron a las teorías “cosmopolitas” de Smith. Teorías cosmopolitas era el nombre que se le daba al neoliberalismo de ese entonces, que por supuesto les convenía a los ingleses –al imperialismo inglés, para ponerlo en esos términos– y que predicaba también la libre competencia. Exactamente el mismo debate que estamos haciendo ahora se hizo en el siglo XIX.

List lo hizo. Lo recomiendo, además, porque es un polemista y posee una pluma excelente, muy ágil. Su libro principal se llama *Sistema nacional de economía política* (1942). No es fácil conseguirlo porque lo han ocultado. Lo publicó hace un tiempo el Fondo de Cultura Económica. List hace allí una explicación muy simple. Además tiene encanto; es un tipo directo, sencillo y claro. Montándole entonces el debate a Smith en torno a la globalización de la época (porque no estaban en la globalización de los gringos sino de los ingleses), List dice que el asunto es muy fácil: entre la economía individual de la que habla Smith y la economía global de la que también habla Smith existen economías nacionales. Si no entendemos que existen economías nacionales y realidades nacionales, no entenderemos tampoco qué es lo que debemos hacer para desa-

rollar políticas nacionales de desarrollo económico. Este es el punto clave, que además no depende de nuestra voluntad. Se trata de hechos impuestos por los propios imperios. He lanzado la ironía de preguntar por qué no votamos todos en las elecciones norteamericanas y creamos un gobierno único. No. Ellos mismos no lo aceptan, no lo aceptarán. Son ellos los que impiden que haya una forma social de organizarse diferente a la de las naciones y los estados nacionales, así les vulneren a estos las soberanías y, en cierto sentido, los conviertan en una ficción; así sólo nos dejaran el derecho de tener himno, bandera y selección de fútbol. No nos sacan de ahí. Ese es el barco donde estamos localizados. Es lo que explica List y esa es la realidad. No es factible pretender que en el mundo del capitalismo –un mundo de competencias feroces, no de solidaridades– pueda haber una mancomunidad de naciones en las que todos tengamos derechos iguales. Estamos organizados como naciones y en estados nacionales. No podemos existir como individuos por fuera de lo nacional, hecho que nos afecta de muchas maneras. Quizá aquí dentro de este teatro parezca no afectarnos, porque sólo nosotros tenemos acceso a esta calidad arquitectónica. Pero lo cierto es que hasta los más ricos de Colombia se hallan presos en el barco en el que vamos montados, así logren crear su burbuja. Y las capas medias e inferiores sí que se encuentran cada vez más presas de esa realidad.

Entonces, hablarle a uno de democracia nacional sin autodeterminación es la negación de todo. ¿Puede haber democracia interna en un país que no se autodetermina? ¿Puede existir democracia en Colombia si todo nos viene definido desde Washington? ¿No convierte esa imposición al Congreso, al Ministerio de Hacienda y a todo el Estado en una ficción de democracia? ¿Para qué sirve la democracia? ¿Tiene que ver con decidir o simplemente consiste en ir y depositar un voto en una urna y que haya senadores y ministros? La democracia es una manera de decidir. La democracia no es un fin sino un medio para tomar las decisiones. Por supuesto, tiene otros alcances. Tiene que ver también con poder expresarse. Pero todo está vulnerado, absolutamente vulnerado de la manera más brutal. Nos ponen por fuera de nuestro país y el centro de decisiones lo localizan en Washington, en un idioma que ni siquiera es el nuestro, en el que no podemos participar de ninguna manera, ni juzgar ni analizar nada. Lo del Congreso es un espectáculo lamentable. Se le arroja encima un chorro de decisiones ya tomadas por el FMI, y lo único que se lleva a cabo allí es la farsa de legitimar todo aquello, como si fuera una supuesta decisión nacional y democrática. Y cuando los que nos oponemos nos paramos y argumentamos, nos miran como si estuviéramos locos. Pienso que algunos de ellos hasta creen honradamente que lo estamos, porque se supone que el derecho de oponernos nos está negado.

Al final, la democracia se ha ido convirtiendo en una ficción, particularmente en un país como el nuestro, pero incluso a escala universal. Recomiendo la lectura de un artículo sobre las elecciones de EE.UU. publicado por Daniel Samper Pizano en *El Tiempo* (2002). Porque, además, a la ficción le falta seriedad. Ni siquiera es una ficción bien hecha, sino que se monta, tanto en Colombia como en EE.UU., sobre la base del clientelismo. Y hoy, en Colombia, estamos gobernados por el rey de los clientelistas. Eso de los sainetes sabatinos televisados no es más que una ficción de democracia: impostar la democracia para llevar a cabo una operación clientelista que a uno le recuerda el medioevo: esas giras que realizaban los señores por sus feudos resolviendo problemas, o simulando resolver problemas, y repartiendo una gallina por aquí, un cerdito por allá. Esperemos que el presidente Uribe Vélez no se atreva a ejercer el derecho de pernada.

También está la ficción de democracia que manejan los medios masivos de comunicación, que en países como EE.UU. alcanza ya al paroxismo. Unos medios de comunicación que crean una especie de realidad virtual que nada tiene que ver con la realidad nacional. Pero no por error o confusión, sino como una campaña sistemática fríamente calculada para imponer estos desastres que nos vienen sucediendo. La estrategia de los medios se edifica sobre hechos concretos, que me limito a mencionar; por ejemplo, sobre el descrédito del Congreso. El Congreso constituye una expresión de la democracia en cualquier parte del mundo. Es más, diría que en regímenes de este tipo de democracia occidental, se supone que es el órgano de la democracia por excelencia. Porque, finalmente, el Poder Ejecutivo, ¿a quién representa? Al grupo minoritario que logró acceder a la jefatura del Estado. En el Congreso, mal que bien, está representada toda o casi toda la nación; esto es el abecé de la ciencia política. Y no voy a defender al Congreso de Colombia, o a la mayoría del Congreso, porque también se trata de una manipulación. El Congreso existe como una formalidad legal, pues a la hora de votar, ganan unos y pierden otros. Entonces, aun cuando la decisión parece tomarla legalmente el Congreso en pleno, la toman las mayorías de los congresistas; pero, bueno, de todos modos utilizamos el concepto del Congreso.

No defenderé al Congreso de Colombia, repito; ha pasado de todo. No obstante, tampoco puedo perder de vista que una parte inmensa del descrédito contra el Poder Legislativo, en un país como el nuestro, es un truco del Ejecutivo para someter a esa expresión de la democracia a su mínimo posible. O será que aquí, un buen día, los 45 millones de colombianos concluyeron que todos los congresistas éramos rateros porque cada uno de esos 45 millones hizo una investigación científica y así lo demostró. No. Esa es una realidad que crearon

los medios masivos de comunicación; y la crearon en beneficio del Poder Ejecutivo, para resolver a la brava la inevitable contradicción que existe entre este y el Legislativo, aquí y en todas partes; porque como el Ejecutivo representa tan sólo a un sector de la sociedad, siempre tendrá contradicciones con el Legislativo, donde se encuentra representado un mayor número de gente. Resulta, entonces, muy cómodo desacreditarlo hasta el infinito como forma de someterlo y acabarlo con una de las parcelas de democracia que aún quedan en países como el nuestro. Dije, también, que no defenderé las truhanerías que cometen muchos legisladores; pero sí estoy separando la crítica honrada al Legislativo de aquella que no lo es. Una crítica honrada al Legislativo tiene una base democrática. El otro tipo de crítica es una maniobra del Poder Ejecutivo, un poder controlado por los grandes capitales –y particularmente por las transnacionales– para someter cada vez más la democracia a su mínima expresión.

Concluyo afirmando que vivimos tiempos bien malos para la democracia, porque, además, existe un problema de fondo: la concentración del poder económico; es decir, que la antidemocracia económica tiene que generar, a mi juicio, antidemocracia política de forma inevitable. No puede ser de otra manera. La democracia occidental tuvo orígenes en el capitalismo de la libre empresa o libre competencia, que era un capitalismo con más propietarios. Eso es lo que está desapareciendo con el advenimiento del monopolio, del imperialismo. Resulta apenas natural que esas formas de democracia que tuvieron un origen histórico preciso –aunque tampoco fueran democráticas en el sentido estricto de la palabra, pero aceptémoslas como una forma de democracia– tienden a irse perdiendo y reduciendo en la medida en que se va concentrando el poder económico. Pensemos tan sólo en la prensa. En el siglo XIX, cualquier colombiano que tuviera tres o cinco pesos sacaba una hojita. Uno podría hablar, entonces, de una cierta libertad de prensa. Pero hoy ¿cuál es la libertad de prensa que se está viviendo?

Efectúo un llamado a los intelectuales. Ustedes tienen el deber de oponerse. Si de algo puedo enorgullecerme en mi vida como profesor universitario es de haberme negado siempre a asumir una actitud cortesana. Creo que no existe cosa más detestable que un intelectual cortesano. Resulta imperdonable que una persona que tuvo acceso al conocimiento, capaz de leer entre líneas, de discernir temas complejos, investigar, que tiene las posibilidades de acceder a la historia del conocimiento, asuma una actitud complaciente frente a un mundo absolutamente detestable, como lo denunciaba Atilio Boron. A menos que uno se encampare en la campana neumática. Y eso es algo que, por supuesto, está ocurriendo. Y quizá dentro de diez o veinte años, el único pobre que veamos sea la empleada del servicio. Incluso el urbanismo se ha ve-

nido desarrollando en esta dirección. Pero pienso que si la sociedad nos brindó esta posibilidad de formarnos, de tener acceso al conocimiento, educarnos, lo mínimo que se nos exige es que trabajemos sobre ese conocimiento para intentar dilucidar cuál es la realidad que estamos viviendo, qué es lo que está ocurriendo, y que hagamos un esfuerzo por cambiar dicha realidad.

A la globalización neoliberal es preciso decirle no. Luego de que le hiciera saber mi posición opositora al TLC, el ministro Botero, de Desarrollo Económico, me mandó a decir con un periodista: “dígame al senador Robledo que esto de todas maneras lo vamos a meter”. Y yo le dije a su vez: “dígame al ministro que es probable, pero que primero me va a tener que derrotar”. Incluso el hecho de la posibilidad de la derrota no puede conducirnos a renunciar a la lucha y la oposición. No hay victoria más pírrica que la que consigue aquel que para ganar asume el punto de vista del contradictor. Si a algo no podemos renunciar los intelectuales es a soñar y luchar por un mundo mejor, por difícil que sea; y no dudo que lo es. Tampoco creo en cosas eternas. No obstante, es probable que no podamos ver el éxito de esta lucha, porque finalmente no está escrito que tengamos como premio ver coronadas nuestras metas. Pero sí considero que tenemos el deber de bregar por un mundo mejor, distinto a este. Y ello tiene que partir de decirle no a lo que hay: no a la *globalización del colonialismo*, no a la globalización que nos quita el derecho de producir. Aquí no estamos hablando ni siquiera de cómo distribuir la riqueza. Nos están quitando hasta el derecho de crear, de generar riqueza, de transformar nuestra naturaleza. A la nación colombiana le están negando el derecho de participar en el globo de una manera distinta de la de ser peones de carga, mulas de la globalización. De eso es de lo que estamos hablando. Y todo a cambio de llevar, como decía Atilio Boron, una vida tranquila de intelectuales y no correr riesgos. Por ahora, digamos no a la globalización; y después veremos qué otras cosas es necesario hacer. Pero de momento, en nuestro caso, se trata de derrotar al TLC, porque ya lo tenemos encima.

BIBLIOGRAFÍA

- DNP-Departamento Nacional de Planeación 2003 *Desarrollo económico en Colombia: Tratado de Libre Comercio* (Bogotá: DNP).
- Garay, Luis Jorge et al. 2006 *La negociación agropecuaria en el TLC* (Bogotá: Planeta Paz).
- List, Friedrich 1979 (1942) *Sistema nacional de economía política* (México DF: Fondo de Cultura Económica).

Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural de Colombia 2004 *El agro colombiano frente al TLC con los Estados Unidos* (Bogotá: BNA).

Robledo Castillo, Jorge Enrique 1997 *Lo que oculta la privatización* (Manizales: Andina).

Robledo Castillo, Jorge Enrique 2000 *www.neoliberalismo.com.co. Balance y perspectivas* (Bogotá: El Áncora).

Robledo Castillo, Jorge Enrique 2006 *El TLC recoloniza a Colombia. Acusación a Álvaro Uribe Vélez* (Bogotá: TR).

Roddick, Jacqueline 1990 *El negocio de la deuda externa* (Bogotá: El Áncora).

Samper Pizano, Daniel 2002 "Las elecciones de Estados Unidos" en *El Tiempo* (Bogotá) agosto.

Suárez Montoya, Aurelio 2003 *Crítica al ALCA, la recolonización* (Bogotá: Aurora).